

El espejo del teatro

Víctor Pliego

EL TEATRO opulento y decadente, clásico y moderno, de Francisco Nieva es de otro siglo, pero no exactamente del siglo pasado, sino de un tiempo antiguo que está por llegar, y que convive con nosotros. El Centro Dramático Nacional ha estrenado “Tórtolas, crepúsculo... y telón”, obra ambiciosa, escrita por el maestro manchego hace casi medio siglo y que por fin sube al escenario bajo su propia dirección. Una escenografía barroca y un vestuario fantástico sirven de envoltorio a un teatro de palabra audaz y saltarina. José Hernández y Rosa García Andujar han sabido interpretar con su propuesta plástica la estética grotesca de Francisco Nieva.

Los actores de una compañía venida a menos son puestos en cuarentena en un teatro aparentemente abandonado, donde se enfrentan a un inquietante portero y a un inesperado público, que fisga desde sus palcos. El teatro se mira en el espejo, y los espectadores pugnan por conquistar el protagonismo, como esas figuras que hoy colonizan los televisores, haciendo de su impudicia un espectáculo de masas. Manuel de Blas se transforma en el sobrenatural maestro de esta turbadora ceremonia, mientras que Esperanza Roy se convierte en la diva Trapezzia, una hermosa fracasada, adversaria de las triunfales modernidades de Zemira, encarnada por Jeannine Mestre. Los intérpretes terminan poseídos por sus personajes, aunque podrían caer en un mayor frenesí. Las voces se mezclan en una divertida, sorprendente y turbadora reflexión sobre el teatro, el paso del tiempo, las frustraciones y la supervivencia. En este escenario, la hondura se reviste de pícaro frivolidad y lo insólito resulta pertinente. Fiel a si mismo, Nieva no deja de sorprender, de agitar, de alborozar.